

vación enológica, sino que expone las consecuencias sociopolíticas de la interacción entre pequeños viticultores y grandes cosecheros y/o bodegueros, que ofrecían oportunidades de trabajo, controlaban los créditos para replantar y tenían intereses comerciales contrarios al cooperativismo. La descripción que hace Sabio de las fuentes del poder político y social de esas elites locales, desde la Restauración hasta el tardo franquismo, coincide, en líneas generales, con lo que sabemos del Ribeiro ourensano y nos sitúa ante los desafíos actuales de competir en mercados internacionales con vinos de calidad.

La vitivinicultura española comenzó el siglo XX atrapada entre los elevados costes económicos y las grandes dificultades técnicas de la replantación del viñedo y el cultivo de cepas injertadas, en un contexto de precios reducidos e inestables. El abandono del cultivo y de la producción vinícola fueron parejos a la demanda de una actuación estatal que fomentase la aplicación industrial de los avances científicos en química y agronomía. Ésta se materializó a través de instituciones como servicios agrícolas y cajas vitícolas que dependían de las diputaciones pro-

vinciales, o estaciones enológicas del Servicio Agronómico del Estado. Presentó formas, ritmos y destinatarios sociales diferentes, que han estudiado José Miguel Lana, Antoni Saumell y Andreas Oestreicher, en Navarra, Vilafranca del Penedés y Logroño, respectivamente. El papel de la administración fue útil e importante en la acuciante reconstitución del viñedo, pero más irregular en la innovación técnica (también en el caso de Aragón). En cualquier caso, esa política de modernización técnica mantuvo una relativa autonomía respecto a los actores sociales que la habían demandado y se volcó en aquellos que consideraba más aptos para la recepción de sus propuestas. Los pequeños y medianos viticultores navarros resultaron beneficiados, por ejemplo, si se trataba de repoblar e introducir mejoras en los cultivos, pero las grandes bodegas industriales de Rioja y Penedés lo fueron en las iniciativas públicas referidas a la vinificación. De este modo, la actuación estatal reforzó las trayectorias tecnológicas que ya estaban desarrollando las viñas y las bodegas, consolidándolas para las décadas siguientes.

Raúl Soutelo Vázquez

CPI Alfonso VII de Caldas de Reis

M.E. TURNER, J.V. BECKETT, B. AFTON

Farm Production in England 1700-1914

Oxford University Press, 2001, 295 páginas.

Este libro pretende 'dar una nueva mirada a un viejo problema'. El viejo problema al que se enfrentan los autores (que ya habían publicado *Agricultural Rent in England, 1690-1914* en 1997) es la Revolución agraria inglesa, y en con-

creto el aumento del producto agrario en los siglos XVIII y XIX. La nueva mirada consiste en cuantificar en lugar de describir, y se basa en la localización y vaciado sistemático de cerca de mil *farm records*.

El capítulo 1, *Agricultural Production, Output, and Productivity, 1700-1914*, es una revisión de la inmensa bibliografía sobre la cuestión, que destaca los desacuerdos que harían necesaria la revisión propuesta: la revolución agraria ha sido tradicionalmente descrita a partir de cambios institucionales (cerramientos, desaparición de los comunales, triunfo de las explotaciones capitalistas), y de su resultado genérico (una agricultura capaz de romper la trampa malthusiana, alimentando a una población que pasa de 8,5 millones en 1770 a 21 millones en 1851, cuando sólo 1/5 de los alimentos consumidos eran importados). Descartada la explicación extensiva (que el uso de los factores productivos se multiplicara por dos), queda la del aumento de la productividad agraria: "entre 1750 y 1850 el producto de la agricultura inglesa más que se dobló", y en 1841 un trabajador agrario era capaz de alimentar a 2,7 no agrarios, mientras que la relación en 1760 era de 1 a 1 (p. 18). Pero ¿cuándo se produjo esta revolución?, ¿qué dimensión exacta tuvo el aumento de la productividad y del producto?. La falta de fuentes estadísticas adecuadas y la dificultad de interpretar los datos existentes sobre producción agraria, explican los profundos desacuerdos entre los historiadores agrarios ingleses, que han renunciado a contestar a estas preguntas. Un 'agujero negro', en términos de indicadores medibles de productividad, que los autores de este libro creen poder aclarar.

El capítulo 2, *The Farmers and their Records*, nos presenta a los dos protagonistas del libro: el *farmer* (figura intermedia entre los *landowners* o grandes propietarios y los *labourers* o jornaleros, normalmente un arrendatario estable), categoría que engloba desde los que cultivan más de 1.000 acres (386 individuos, el

0,2 por cien de los 208.119 que registra el censo de 1851) a los que cultivan 50 acres o menos (el 54 por cien en la misma fecha). En cuanto a los *farm records*, se trata de un material variado, entre el que los autores distinguen *farm account books*, o libros de cuentas, *labour records*, relacionados con los trabajadores asalariados (libros de jornales, de contratos...) y *memoranda books*, diarios que incluyen información diversa. Se ha utilizado la mayor colección existente, la reunida por E. J. T. Collins y E. L. Jones en la Universidad de Reading, ampliada con otras de otras regiones inglesas, un total de 979 documentos. La fuente es valiosa, pero extraordinariamente heterogénea, puesto que las anotaciones de los labradores tenían un carácter privado y cada uno registraba los datos que le parecía: el precio del ganado vendido pero no su peso; la climatología antes que una relación completa de ingresos y gastos de la explotación. Además, se privilegia la agricultura practicada por los grandes labradores, probablemente los más productivos, más proclives a llevar libros.

El capítulo 3, *Farming Practice and Techniques*, muestra la evolución de los sistemas de cultivo; si hacia 1700 el método más extendido era la rotación trienal, con trigo, cebada o centeno el primer año, seguido de judías, guisantes, avena o cebada, y en el tercero barbecho, la rotación cuatrienal del sistema Norfolk, que incluyó pastos y sustituyó el barbecho por tubérculos, que permitían alimentar más ganado, parece consolidada hacia 1760, cuando el 50 por cien de las explotaciones de la muestra cultivan nabos. La difusión de nuevas variedades de plantas fue posible cuando los farmers empezaron a comprar semillas: en 1760, el 38 por cien de las explotaciones de la muestra utilizaban semillas de trigo

compradas, y a finales del XIX el 71 por cien. En cuanto a los abonos y fertilizantes del suelo, el cultivo de plantas forrajeras alcanza su máximo entre 1800-1839, incrementándose a partir de esa fecha el uso de fertilizantes no tradicionales, como el guano (que empieza a importarse hacia 1840) y los superfosfatos.

¿El cerramiento de las explotaciones, que acabó con la incertidumbre de los *open fields*, era un requisito para el aumento del producto, como creían los contemporáneos? Los *farm books* muestran que hubo innovación y progreso técnico antes de los cerramientos, que se generalizaron a principios del XIX. También durante el XVIII se realizaron en muchas explotaciones obras de infraestructura para drenar las aguas sobrantes, abriendo zanjas y construyendo acequias. En cuanto a la difusión de maquinaria, los arados de hierro están difundidos en algunas zonas hacia 1820, y las sembradoras hacia 1840. Herramientas que aumentaban la productividad del trabajo, como el dalle, aparecen desde finales del XVIII; la sustitución de la hoz por el dalle para segar se produce entre 1850 y 1870. En cualquier caso, "farm records are not ideal as a source for mechanization" (p. 92), puesto que las máquinas eran con frecuencia alquiladas, y las técnicas utilizadas eran raramente mencionadas en los libros.

En cuanto al ganado, a principios del XVIII algunos farmers están ya combinando el engorde con la cría y la producción de derivados lácteos. A mediados del XIX los ingleses preferían mejorar la raza de sus animales para aumentar su producción, mientras que los europeos confiaban más en las técnicas de engorde. El aumento de la producción ganadera también se explica por la difusión de plantas

forrajeras y de tubérculos que servían para su alimentación, que el farmer cultivaba o compraba. El capítulo, que acaba con breves 'estudios de caso' de cuatro explotaciones significativas, concluye afirmando que las farms, con bajos insumos y bajo producto a principios del XVIII, aumentan sus insumos y su producto a finales del XIX, en paralelo a una creciente conexión con el mercado.

El capítulo 4, *The Wheat Question*, revisa las series de producción triguera existentes y presenta una propia, cuyas tendencias centrales serían: un crecimiento bajo de la cosecha de trigo, inferior al 10 por cien, durante el XVIII; una caída a partir de 1780, probablemente por la roturación de tierras marginales y los efectos de las guerras napoleónicas; un incremento sostenido y alto, del 30 al 40 por cien, entre 1820 y 1840 (si hubo una revolución agrícola y si la producción triguera puede considerarse una medida de ella, debe localizarse en estas décadas); una caída durante la depresión agraria y una modesta recuperación antes de la I Guerra Mundial. Las fluctuaciones en la extensión de tierra dedicada al trigo no parecen haber afectado a los rendimientos, y los autores destacan "el fracaso de la agricultura inglesa para romper lo que parece el techo superior de 30 bushels de trigo por acre" (p. 140). El capítulo acaba analizando si las condiciones del suelo influyeron en los rendimientos; pero cuando leemos que las características del suelo pueden verse afectadas por la acción de "la geología, Dios y el hombre" ("We recognize that the actions of geology, God, and man have altered soil condition", p. 145), nos preguntamos qué hacemos leyendo este libro.

Aunque el trigo se utilice como *proxy* de la economía agraria, representaba

menos de la mitad de la producción cerealera. La cebada y la avena, que eran panificables en algunas zonas, y se utilizaban además para malta y alimento del ganado, se analizan en el capítulo 5, *Barley and Oats*. La producción de estos cereales creció de forma considerable en la primera mitad del XIX, llegando la de la avena a los 50 bushels por acre y la de la cebada a los 40 en 1840, pero se mantuvo estancada durante la segunda mitad del siglo. En cuanto a la cantidad de semilla por unidad de producto, descendió de forma sostenida desde la segunda mitad del XVIII, gracias probablemente a una mayor eficiencia asociada con la sustitución de la siembra a mano por el uso de sembradoras, si bien la fuente utilizada en este libro no permite, como se vio en el cap. 2, probar esta hipótesis.

El capítulo 6, *Livestock*, aborda la producción ganadera a pesar de que "medirla es extraordinariamente complicado" (p. 173), especialmente antes de finales del XIX. Los datos de los contemporáneos sobre la cabaña ovina a finales del XVIII oscilan entre 10-12 millones de cabezas en 1774 y 54 millones en 1782, con las estimaciones más recientes apuntando a 12 millones hacia 1800. Pero incluso si se pudiera conocer con exactitud el número de cabezas, para conocer el producto debemos saber el peso de los animales, y la cantidad de estiércol, carne, leche, lana, sebo, etc. que han producido durante su vida. Utilizando el peso de los animales sacrificados, los autores quieren analizar la contribución de la ganadería (ovina, vacuna y porcina) a la revolución agrícola, pero los problemas derivados de la fuente (una base de datos de unos miles de cabezas) y su interpretación (el peso del animal depende del uso que vaya a dársele, de las tendencias del consumo, de la zona geográfica, la raza,

la alimentación, la edad, las enfermedades...) impiden en gran medida deducir tendencias de productividad. Y a la inversa, el aumento del peso no es el único indicador de aumentos de productividad: las nuevas razas podían aventajar a las antiguas en que permitían un engorde mucho más rápido, o animales con más proporción de carne y menos de grasa y desperdicios, o en la mayor calidad de la carne, y no necesariamente en mayor cantidad.

El último capítulo, *Farm Production and the Agricultural Revolution*, hace balance: a pesar de las limitaciones de la fuente (los *farm records* permiten conocer el producto anual de las explotaciones, pero no la productividad, es decir la relación entre los insumos y el producto final), los autores afirman que permite identificar los hechos clave de la producción agraria en el XVIII y XIX; una revolución agraria que se habría producido entre 1800 y 1850 y que significa un crecimiento importante y sostenido de la producción de cereal y ganadera, para los autores estrechamente relacionada con el crecimiento de la población. ¿Cómo se consiguió este crecimiento del producto? Entre las innovaciones con un probable impacto positivo en la producción los autores destacan el aumento en la variedad de cultivos en las rotaciones, especialmente los fijadores de nitrógeno. En cuanto al papel del trabajo y el capital, se hacen algunas estimaciones, basadas en fuentes secundarias.

El libro acaba con dos apéndices, *Farm Records, 1700-1914*, donde se relacionan los documentos utilizados, y *Measurement and Weighting Problems in Farm Records*, con un breve análisis de algunos problemas metodológicos.

El mayor interés de este libro, aparte de recordarnos lo mucho que aún desconocemos sobre la revolución agraria in-

glesa, es el sugerente uso que hace de una fuente no utilizada sistemáticamente hasta ahora, los farm records. Esta fuente, sin embargo, siendo de grandísimo interés, presenta muchísimas limitaciones para abordar el objetivo de los autores, que es cuantificar la producción agraria y ganadera, mientras que resulta de gran interés como fuente cualitativa, cuando proporciona observaciones de los farmers sobre sus explotaciones, innovaciones, métodos de cultivo, nuevas razas ganaderas, etc.

En cuanto a las conclusiones, lo más discutible es la presentación de la revolución agraria como un proceso endógeno, sin apenas conexión con la demanda y el aumento de los mercados paralelo a la revolución industrial. Las páginas más interesantes son aquellas en las que los autores, muy conscientes de los problemas metodológicos de su fuente, los analizan.

Carmen Sarasúa

Universidad Autónoma de Barcelona

EDOUARD LYNCH

Moissons rouges. Les Socialistes Français et la Société Paysanne durant l'entre-deux guerres (1918-1940)

Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2002, 484 páginas.

Una frase en la contraportada del libro del profesor de la Université Lumière-Lyon Édouard Lynch plantea a la perfección el dilema que intenta aclarar su obra: "¿Cómo puede un Partido socialista, marxista, urbano y obrero, teóricamente partidario de la propiedad colectiva imponerse en la escena política francesa, en un período en el cual el campesinado y el mundo rural suponen todavía la parte mayoritaria de la población y del electorado, en el cual las pequeñas explotaciones agrícolas parecen salir reforzadas del primer conflicto mundial y cuando triunfa la ideología agraria que hace del campesino el pilar y la esencia de la nación?".

Como es bien sabido, la denominada "cuestión agraria" originó en el cambio de siglo del XIX al XX una intensa polémica teórica en el seno de la socialdemo-

cracia que además tenía acuciantes implicaciones prácticas en la extensión de la acción propagandística de los distintos partidos en el medio rural. Precisamente fue a raíz del programa agrario aprobado en el congreso de los socialistas franceses (P.O.F.) en Marsella de 1892 cuando Engels se creyó obligado a recordar los límites de la apertura hacia el campesinado en su obra *El problema campesino en Francia y en Alemania*. A su muerte, sería principalmente Kautsky quien defendiese la visión más ortodoxa contra aquellos que en diferentes países, y movidos más por consideraciones pragmáticas que teóricas, propugnaban medidas que supondrían el refuerzo de la pequeña propiedad y el acceso a ésta de arrendatarios y aparceros. La obra de Lynch se ocupa de un período menos estudiado a este respecto puesto que da comienzo